

TEOLOGÍA

Pedro GARCÍA CUARTANGO, *El enigma de Dios*, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., Barcelona 2025, 249 pp.

El autor reconoce en la introducción del libro que ha tardado 30 años en atreverse a abordar el proyecto de esta obra, por varios motivos; pero sobre todo porque considera que “hablar o pensar sobre Dios es hablar de todo y de nada. No hay un asunto más volátil y escurridizo que este tema, que ha ocupado a teólogos, filósofos y científicos. Por otro lado, no hay un asunto más personal y subjetivo. Escribir de Dios es mirarse al espejo y contemplar la desoladora realidad de la condición humana” (11). Y cuando uno se adentra en la lectura de esta obra comprende lo que dice Pedro García Quartango, pues en este libro hay muchas referencias a la vida y a la experiencia personal, además de los contenidos de tipo filosófico y racional. De hecho, sorprende muchísimo la extensión que concede el escritor a sus vivencias, recuerdos y experiencias, so-

bre todo de la infancia y la adolescencia, cuando la convicción de la existencia de Dios y la confianza en los adultos le permitían vivir con la seguridad y el ánimo que después la vida se encarga de romper en muchas ocasiones. Por eso, termina la introducción con estas palabras: “Este libro es una exploración a ese abismo que es la finitud humana y la conciencia de nuestra vulnerabilidad. Dios es el todo y la muerte es la nada. Entre los dos extremos, estamos nosotros, sedientos de certezas” (19).

En ocasiones uno tiene la sensación de encontrarse ante un libro con muchas vertientes: historia, biografía, filosofía, ciencia, arte, literatura, cine... A todos estos campos acude García Quartango para exponer un amplio mundo de elementos que le llevan a la pregunta sobre Dios, sobre el sentido de la vida, las

certezas y las incertidumbres existenciales. Hay ocasiones en las que el hilo conductor es la historia de la filosofía, si bien es una historia no en orden cronológico, porque los filósofos de los que expone su pensamiento, de modo muy desigual en la profundidad y la extensión que les dedica, aparecen de forma desordenada en el tiempo. Es quizá Espinoza el filósofo al que dedica más páginas y al que vuelve una y otra vez. Pero Heidegger no le anda a la zaga, si bien con una mirada mucho más crítica, no por el contenido de su filosofía, sino por sus opciones políticas, tan inexplicables. Pero a lo largo del libro nos acercamos al pensamiento de Hegel, Leibniz, Sartre, Simone Weil, Unamuno, Makari, Hans Küng, Rousseau, Ricoeur, Platón, Aristóteles, Kant... García Cuartango reflexiona en torno al pensamiento de cada uno de ellos, especialmente sobre lo que dicen acerca de Dios, pero no solo. De hecho, aunque el título del libro se dirige claramente al tema de Dios, el contenido no se centra exclusivamente en él, sino en otros muchos campos que tienen relación con la existencia en todas sus dimensiones: la esperanza, el dolor, el sentido y el sinsentido, las incertidumbres, la existencia del mal, la incapacidad de respuestas de lo que más nos inquieta... Por eso, a lo largo de las páginas repite varias veces ideas como esta: “No tengo ninguna respuesta para estas preguntas y soy muy consciente de que quien

lea este libro se sentirá decepcionado porque saldrá con más dudas de las que albergaba al abrirlo” (297). Y, fiel a este sentir, se expresa así en las últimas palabras del libro: “Este libro no despeja ninguna duda. Es, muy a mi pesar, el relato del paso de la fe a la incertidumbre. Punto final” (349).

El libro se lee muy bien. Por más que algunas ideas son de gran abstracción. Facilita la lectura la expresión siempre sencilla, de tono divulgativo. Al acudir con tanta frecuencia a la narración, expresando tanto contenidos de su propia experiencia como de la vida de los filósofos a los que se acerca, la obra es amena y agradable.

Son muchas las páginas que dedica a referencias de libros de literatura y de películas. Se aprecia un bagaje cultural impresionante. Y, lejos de ofrecer sin más el contenido de los libros, vuelve una y otra vez a comentar lo que ese libro le aportó a él, lo que tanto le admiró de esa película, por qué en aquel período le marcó tanto... Realmente, hay una gran carga subjetiva en este libro, que no distancia al lector, sino que le implica.

A veces dedica capítulos que, de entrada, no parecen tan lógicos en un libro de este tono, como por ejemplo los que dedica a la peste o al juicio del Eichmann... Sin embargo, todo tiene su porqué. La pregunta

sobre Dios y el enigma de su existencia se encuentra como telón de fondo de todo lo que escribe.

Se nota en García Cuartango una gran sensibilidad. Y un espíritu abierto. Se presenta a sí mismo como agnóstico, como persona en búsqueda o, más bien, como persona que ha buscado y que sabe que ya no puede encontrar certezas; pero sigue manteniendo un espíritu abierto, comprensivo, incluso en cierto modo nostálgico de las certezas que muchas personas pueden manifestar respecto a sus creencias. Revela este sentir en muchas partes del libro, como cuando dice, por ejemplo: “La pregunta -la gran pregunta- sobre el origen de la materia no tiene a mi juicio respuesta, porque la primera opción es tan improbable o incoherente como la segunda. No podemos recurrir a Dios para explicar el cosmos, pero tampoco al azar” (151). O, por ejemplo, al afirmar lo siguiente: “No sé si la gracia es un espejismo o un don de Dios. Tiendo a inclinarme hacia la primera hipótesis, pero hay demasiadas cosas que no comprendemos como para burlarnos de ellas. Siempre nos quedará la duda” (208).

A veces el libro se hace repetitivo. De tanto expresar ideas como “Dios no se expresa y, por eso, este libro es un interrogante sin respuestas, una pregunta formulada en el vacío” (200), uno tiene la tentación de claudicar de la lectura; sin embargo, reconozco que con la misma intensidad uno se siente incentivado a continuar, por la honestidad del autor y porque son muchas las vertientes desde las que García Cuartango sabe captar el interés y el deseo de continuar.

Me quedo, para terminar, con esta idea, que recoge el sentir y el vivir de García Cuartango, y que refleja la visión respetuosa y profunda de este periodista y escritor: “La paradoja es que, mientras la religión pierde peso e influencia en el entorno, crece una sensación de desamparo, de frustración y yo diría que de infelicidad. La mejora de las condiciones materiales de existencia no nos ha hecho más felices. Y constato entre mis amigos y mis conocidos que hay una búsqueda de algo que proporcione sentido a la vida, vagamente parecido a la trascendencia cristiana” (290).

Esteban de Vega

Dirik ANSORGE, *Historia de la teología cristiana. Épocas, pensadores, derroteros*, Sal Terrae, Santander 2023, 417 pp.

Esta es una ambiciosa obra en la que, de forma obligadamente sintética, se aborda la evolución que

la teología cristiana ha vivido a lo largo de los siglos, desde el inicio del cristianismo hasta el momento ac-

tual. Con un contenido tan amplio, el tratamiento de cada época, con su correlato histórico, aunque este más bien escaso, necesariamente la visión de cada período es breve. Pero, aun así, profundo y detenido. El mismo Dirik Ansorge reconoce ya en la introducción las deficiencias y lagunas del libro: imposibilidad de abarcar un panorama tan amplio en un libro de esta dimensión, visión eminentemente católica y no ecuménica, alusión solo a varones, lo cual no es deficiencia del libro, sino resultado de la propia realidad histórica, vacío de muchos pensadores muy importantes...

Se observa a lo largo de toda esta evolución que la reflexión racional sobre la fe ha tenido siempre un peso muy grande en el cristianismo, más que en otras religiones. Este es el motivo por el que la teología cristiana ha tenido una densidad de planteamientos tan fuerte. “Los cristianos entendieron desde pronto su religión no solo como una forma especial de judaísmo, sino también -en la tradición sobre todo de los judíos alejandrinos- como figura de la *vera philosophia*. Tal pretensión tenía que ser fundamentada y conllevó consecuencias de largo alcance para el desarrollo de una justificación de la fe cristiana guiada por la razón” (13).

El inicio del libro ofrece una clarificación respecto a lo que entendemos por teología, hasta llegar a con-

cretar “lo decisivo para determinar qué puede considerarse *teología* es la correspondencia formal de las respectivas argumentaciones con los criterios científicos vigentes en cada momento” (21). Quizá entre las definiciones más sabrosas de teología se encuentra esta: “La teología es esencialmente la confrontación conceptual con un testimonio de fe”. Y es muy revelador tomar conciencia de que esta *confrontación conceptual* realmente ha sido muchas veces auténtica “confrontación”, es decir, lucha, en la que no estaba en absoluto determinado de antemano qué era “ortodoxo” y qué era “herejía”. Y también es digno de destacar, como el autor hace, que es difícil acercarse a la historia de la teología sin prejuicios, es decir, sin alguna precomprensión, porque todos somos hijos de nuestra época.

Se observa una constante a lo largo de esta historia: la comunicación, la asimilación, el contraste, en cada momento histórico, con la filosofía propia de cada época, ya desde los primeros siglos. Por ejemplo, lo que costó para la filosofía griega, afrontar la idea de la resurrección de los cuerpos, concepto presente en la resurrección de Jesús. Sea como sea, se intentó siempre, aun con voces discordantes, la elaboración de una interpretación de la fe cristiana guiada por la razón, entre otras cosas para evitar la acusación de irracionalismo que algunos intelectuales del S. II y III vertieron sobre

el cristianismo, como fue el caso de Celso.

De la confrontación con otras ideas, respecto a las cuales se va viendo necesario discernir, como es el caso del gnosticismo, van surgiendo las primeras doctrinas cristianas que se consideran vinculantes para los cristianos, como conjunto normativo de verdades de fe que, como tal “posee autoridad cristológica, es decir, con poder para discernir entre verdad y error” (51). Por este motivo, los primeros capítulos son en gran parte descripción de los conflictos en el seno de la Iglesia por clarificar lo que aún no se sabía que eran verdades de fe, porque aún no existía la claridad y hubo que ir a buscarla: relación con el Antiguo Testamento, definición y desarrollo de la Teología trinitaria, comprensión de Jesús como Hijo de Dios, la figura de María... Y todo esto superando las explicaciones, por otra parte, comprensibles y bien intencionadas, del adopcionismo, del docetismo, del subordinacionismo, del modalismo...

Es muy interesante estudiar cómo se van dando los pasos, a veces a modo de “carambolas” teológicas, para clarificar la divinidad y la humanidad de Jesús y su lugar y relación en la Trinidad. Es necesario reconocer que los primeros siglos son de los períodos teológicos arduos, complejos, de mucha búsqueda, apoyándose constantemente en

las escuelas filosóficas de la época. En la presentación de estas disquisiciones está constantemente resumiendo, retomando, aclarando. Por eso, aunque resulte agotador, se agradece el intento de claridad por parte del autor. Algo que no se observa de la misma manera en otros períodos históricos, como por ejemplo en la teología propia del Siglo XIX, que Dirik Ansorge deja bastante oscura. De este período anterior al medievo, que se prolongará durante mucho tiempo, se observa una clara diferencia entre el planteamiento teológico de oriente, más teológico y espiritual, y el de occidente, de tipo mucho más jurídico, práctico y legal.

Llama la atención también la diferencia de planteamientos teológicos de aquellos primeros siglos y los actuales, dónde se ponía el acento y dónde se pone hoy, el modo de argumentar... No es que hoy haya más respuestas y sepamos más: es que hoy no se hace tanto hincapié en determinadas problemáticas, que respondían a visiones, culturas y preocupaciones muy diferentes. Esta es una constante de toda la historia de la teología, que es hija de la situación de cada momento. Por ejemplo, la teología que se realiza a partir de la convivencia y el conflicto con el Islam será muy distinta. Se acude entonces a la razón común para defender y justificar la fe cristiana. Al contrario de como se hacía anteriormente, en la rela-

ción con el judaísmo y el conflicto con las herejías. En estos casos, la teología se realizaba a partir de las disputas respecto a la correcta interpretación de las Escrituras.

Se observa en el libro un nuevo aire a partir del S. XII, con la recepción que se produjo entonces de los escritos de Aristóteles y el planteamiento nuevo, menos dirigido a discusiones relacionadas con las Santísima Trinidad, la salvación del hombre y el modo de interpretar la divinidad y la humanidad de Jesús. Surge la escolástica que, aunque después derivará hacia planteamientos puntillosos y casuísticos, en su inicio da la impresión de ser una bocanada de aire renovado.

En algunos capítulos (precisamente donde aparecen las pocas referencias a mujeres) se observa un fondo más de contenido espiritual que teológico. Se hacen claras referencias a las beguinas, los y las místicas... Se habla de una *devotio moderna*, que será una especie de adelanto de la reforma protestante posterior. Es digno de observar que los cambios no se producen de forma imprevista, en un momento concreto, sino que son fruto de un proceso que culmina en verdaderas transformaciones.

Es interesante también ver cómo se analizan los matices de significado de determinados conceptos fundamentales, como por ejemplo

la gracia, ya fuera en la escolástica inicial, en la mediana o en la tardía, lo mismo que en la reforma... O la interpretación del significado de la cena del Señor en las distintas confesiones protestantes, tan diferentes entre sí.

Quizá es la parte dedicada a la Reforma uno de los capítulos más intensos del libro. Se utiliza el término "reforma" no solo referido a los protestantes, sino también a los católicos, que también se vieron obligados a realizarla. Se detiene el libro en rasgos fundamentales de este período, como son la profundización en la subjetividad y el valor del individuo. Entre los protestantes estos rasgos están muy claros; entre los católicos se observa especialmente en los místicos: la imagen del Dios cercano, el anhelo de Dios, la individualidad en la vivencia de la piedad...

La Teología y la Filosofía caminan de la mano a lo largo de gran parte de la historia que se presenta en este libro; pero se observa que este caminar de la mano se vuelve progresivamente conflictivo para llegar a una situación de profunda confrontación a partir de la ilustración.

A pesar de que Dirik Ansorge reconoce que no estudia suficientemente la teología protestante, lo cierto es que sí nos permite conocer con cierta profundidad las distintas variantes teológicas de las diferentes

confesiones evangélicas, que se observan desde el mismo momento de la separación con la Iglesia católica y se agrandarán con el paso del tiempo. Frente a ellas, también se observa la reacción de la Iglesia católica respecto a las diferencias que se observan entre los protestantes, o en su rechazo de las posturas filológicas más críticas con la religión. Se pone de manifiesto, por ejemplo, en la consolidación de la neoescolástica o en la defensa a ultranza del papado que se produce en el S. XIX.

Es una pena que la época contemporánea no tenga un tratado más extenso en el libro, que sin embargo dio tanta importancia a los primeros siglos de la Iglesia. En los últimos capítulos, se ofrece un breve estudio de cada uno de los grandes teólogos, tanto católicos como protestantes, que han marcado el S. XX. Es muy interesante el capítulo 17, “Fenómenos de la glo-

balización. Teologías en el contexto de las culturas y religiones”. En él se dice: “No es sorprendente que a principios del tercer milenio la teología -en especial en perspectiva global- se caracterice en todas sus disciplinas por una inabarcable diversidad de enfoques sistemáticos” (346): teología de la liberación, feminismo, “nueva teología política”, teología desde la responsabilidad ante el judaísmo, ecuménica, del pluralismo religioso.

Crece el interés en el último capítulo al presentar los planteamientos de filósofos que, en diálogo con los teólogos, han abierto nuevos caminos y agrandado la reflexión para dar respuesta a los problemas que el momento actual nos plantea. Filósofos como Paul Ricoeur, Lévinas, Jean François Lyotard, Jacques Derrida, Michel Henry y Jean Luc Marion.

Esteban de Vega

BIBLIA

Francisco MARTINS, *¿Tenía realmente razón la Biblia?*, Sal Terrae, Santander 2025, 389 pp.

Francisco Martins, el jesuita autor de esta obra, reconoce que el libro surge de varios artículos que fue escribiendo, sin grandes pretensiones, en torno a la Biblia. A partir de este germen, se desarrolla un libro interesante, equilibrado en su tono

divulgativo a la vez que especializado. Con un título atrayente, que juego con el título de otra obra de 1955: “Y la Biblia tenía razón”. Este libro, del periodista y ensayista Werner Keller, pretendía demostrar que los descubrimientos arqueoló-

gicos disponibles en la época confirmaban la veracidad de los relatos bíblicos y gozó de un gran éxito de ventas.

Francisco Martins transforma la certeza de Werner Keller en una duda. Y adopta una perspectiva completamente diferente, con un objetivo mucho más modesto: “Investigar lo que podemos saber, con rigor científico, sobre la historia del pueblo que nos legó, en la Biblia, el relato de los acontecimientos que marcaron su existencia y dieron forma a su identidad colectiva” (21). A partir de este objetivo, Francisco Martins reconoce que le interesa responder a las preguntas que animan cualquier otro estudio del mismo tipo, a saber: qué condiciones sociales favorecieron el surgimiento de esta entidad étnica, y cómo y cuándo se produjo, qué expresión política adquirió a lo largo de los siglos, a qué retos se enfrentó para salvaguardar la identidad colectiva, etc. Desea evitar, al contrario de como posiblemente hizo Werner Keller, el peligro de querer forzar a las piedras a decir lo que el historiador quiere que digan, es decir, la concordancia con lo que narran los libros bíblicos. Adopta un tono mucho más imparcial, serio y riguroso, libre, sin dejarse llevar por posturas ideológicas previas, que le pudieran conducir a afirmaciones definitivas indebidas. Nos vale este ejemplo: “Si los relatos tienden a reflejar el deseo de interpretar realidades his-

tóricas vividas colectivamente, esto no implica necesariamente que las figuras de los antepasados del pueblo (es decir, Abrahán, Isaac, Jacob, etc.) fueran *creadas de la nada* solo para servir de personajes en los relatos” (82). Y para llegar a estas afirmaciones ofrece amplias pruebas y comentarios explicativos de fácil comprensión la mayoría de las veces.

El contenido del libro es amplio y ambicioso: presenta las fuentes para la reconstrucción histórica del antiguo Israel, que giran en torno a la Biblia, los descubrimientos arqueológicos y los hallazgos epigráficos. Con estos elementos, cuyo significado introduce en el primer capítulo, jugará a lo largo de todo el libro, de diferentes maneras, en los contenidos que aborda: los relatos patriarcales del Génesis; el éxodo, planteando una duda interesante: si podemos hablar de Israel en Egipto y no más bien de Egipto en Israel; la historia de Yahvé, dando cuenta de la evolución sobre su comprensión y su institución en Israel; la situación de Israel en Canaán, centrado en los libros de Josué y Jueces; los inicios de la monarquía en Israel; las particularidades de los reinos de Israel y de Judá; la ciudad de Jerusalén y, finalmente, el fin de nuestra historia y el comienzo del judaísmo.

Se agradece, en medio de capítulos largos y a veces de un tono más bien

técnico, a pesar de que ya he hecho alusión a su amenidad, la inclusión de grabados, recuadros que sintetizan o exponen anotaciones de tipo anecdótico o curioso, mapas, ilustraciones... Estas apoyan a toda clase de contenidos, que a veces son de tipo geográfico, o cronológico, o etnográfico, o teológico...

Para personas no familiarizadas con la arqueología, este es un libro adecuado para adentrarse en los diferentes modos que la realidad ofrece para abordar el estudio de los diferentes períodos. Por ejemplo, los acontecimientos que se refieren al Génesis no se prestan al tipo de confirmación o negación que la arqueología es capaz de proporcionar. Pero sí hay dos aspectos más generales a los que pueden recurrir los investigadores: la toponimia y las costumbres. En este sentido, el Código de Hammurabi, por ejemplo, da pistas, salvando muchas diferencias, al hablar de algo similar a lo que hoy entenderíamos como maternidad subrogada. Se explican datos, curiosidades, motivos por los que es posible encuadrar los personajes y los acontecimientos de un determinado texto o por los que no es en absoluto posible. Y también las razones por las que, en muchas ocasiones, es necesario seguir a la espera de futuras investigaciones. Se valoran las aportaciones que ofrecen los estudios arqueológicos, lo que suponen, lo que desean buscar, hasta dónde pueden llegar

y dónde se deben detener por rigor científico.

Hay dos capítulos que son especialmente significativos, sin desmerecer de los demás: el primero, el que se refiere a Moisés, a quien considera “probablemente la figura humana más importante del Antiguo Testamento” (110). De entrada, no deja de ser sorprendente que no haya llegado hasta nosotros ningún testimonio extrabíblico sobre él. Y se buscan otras referencias, por lejanas que puedan parecer, que pudieran suponer algún contacto. Se esbozan razones de concordistas y fundamentalistas, enfrentadas a las de los más minimalistas, para concluir: “Es más prudente suponer que la mayoría de los elementos que componen el relato del libro del Éxodo son el resultado de elaboraciones literarias y teológicas de escaso valor para la reconstrucción histórica” (117).

El segundo capítulo que destaco es el que se refiere al Dios de la Biblia y la historia de Yahvé. Dice en el inicio de esa parte: “Este capítulo planteará cuestiones que pueden parecer insólitas a muchos lectores”. Y lo cierto es que el contenido no desmerece de esta advertencia. Sorprende por ejemplo la afirmación de que el monoteísmo bíblico, del que somos herederos los occidentales, “es el fruto de un largo viaje, que solo culminó tras el exilio babilónico en los siglos VI-V a.

C. Hasta entonces, el Israel de la historia había cultivado una visión más específica y menos universal de la divinidad” (123). En este capítulo, por ejemplo, se afirma que el cambio de nombre que se produce respecto a Dios no es solo un cambio de nombre, sino un cambio de deidad... O la afirmación de que, en su origen, el Dios de Israel era un Dios de la guerra procedente de la

tierra del Sinaí, que conducía a su pueblo como un general del que, en rigor, no se sabe exactamente cómo llegó a convertirse en el Dios de Israel. Lo cierto es que sí hay una clara historia del progreso hacia el monoteísmo, que tiene en la figura de Moisés su máximo representante.

Esteban de Vega

IGLESIA

Luis ARANGUREN GONZALO, *Fraternidades en la intemperie. Vínculos que cuidan*, Ediciones Khaf, Madrid 2024, 176 pp.

Luis Aranguren Gonzalo es un autor ampliamente reconocido en el ámbito de la ética del cuidado, la espiritualidad laical y la reflexión sobre los modos de vida comunitarios en la sociedad contemporánea. Con una trayectoria vinculada a la formación de agentes sociales y pastorales, Aranguren ha cultivado un estilo caracterizado por la cercanía narrativa y la sensibilidad práctica. En esta nueva obra, publicada por Ediciones Khaf en 2024, se advierte la madurez de un itinerario intelectual que ha ido desplazándose progresivamente hacia la búsqueda de claves para sostener vínculos en medio de un mundo marcado por la precariedad, la incertidumbre y la intemperie. No es un tratado académico en el sentido estricto, sino una propuesta de lectura sapiencial y práctica de la fraternidad como horizonte vital y comunitario.

El libro aparece en un contexto cultural y eclesial muy específico. Desde el ámbito social, resulta evidente que la experiencia posmoderna, marcada por la fragmentación y la volatilidad de los vínculos —como lo han descrito sociólogos como Zygmunt Bauman en su conocida categoría de “modernidad líquida”—, obliga a repensar los fundamentos de la vida en común. Desde el ámbito eclesial, la insistencia del papa Francisco en la fraternidad universal y en la necesidad de una cultura del cuidado (*Fratelli tutti*, *Evangelii gaudium*) se ha convertido en un punto de referencia ineludible. Aranguren recoge ambas intuiciones y las articula en una obra que busca dar lenguaje a lo que muchos grupos, comunidades y movimientos ya experimentan: la urgencia de tejer relaciones que sostengan la vida y generen sentido en medio de la intemperie.

La metáfora de la intemperie constituye el hilo conductor de todo el libro. Aranguren entiende por ella la situación de desprotección inherente a la existencia humana contemporánea: no hay ya seguridades absolutas, ni estructuras sociales o eclesiales que garanticen automáticamente un marco de pertenencia. Sin embargo, esa intemperie no se plantea como un espacio exclusivamente negativo; antes bien, se convierte en el lugar real donde las fraternidades han de construirse. Frente a la tentación de replegarse en comunidades cerradas o en refugios identitarios, el autor propone asumir la intemperie como condición de posibilidad para vínculos más auténticos, capaces de sostenerse en la fragilidad.

En este marco, la fraternidad se redefine no como una idea abstracta ni como un ideal romántico, sino como un “amor en ejercicio”, una práctica concreta que se traduce en vínculos que cuidan. Aranguren describe estos vínculos a partir de cuatro notas fundamentales: la responsabilidad, entendida como la capacidad de hacerse cargo de la vida del otro sin caer en paternalismos; el respeto, que reconoce la alteridad sin absorberla ni anularla; el reconocimiento, que afirma la dignidad y la singularidad de cada persona; y la reconciliación, que hace posible restaurar las heridas inevitables de la convivencia. Estas cuatro dimensiones configuran una

auténtica “gramática del cuidado” que se convierte en el núcleo propositivo de la obra.

El estilo narrativo y pedagógico del autor se deja notar en la manera en que desarrolla estos temas. Más que en argumentaciones teóricas cerradas, el texto avanza a partir de intuiciones, relatos, ejemplos y sugerencias que buscan interpelar al lector. Este tono convierte el libro en un recurso idóneo para comunidades religiosas, grupos laicales, asociaciones sociales o cualquier colectivo que se pregunte cómo vivir la fraternidad en un tiempo de fragmentación. No se trata, por tanto, de un manual de instrucciones ni de una obra de sistematización académica, sino de una propuesta que invita a la reflexión, al discernimiento y a la práctica.

El prólogo de José Luis Segovia ofrece un marco interpretativo de gran utilidad, situando el libro en la tradición de la doctrina social de la Iglesia y en el contexto de una Iglesia llamada a vivir sinodalmente. El acento puesto en la sinodalidad, entendido como caminar juntos y escuchar en común, se corresponde bien con la propuesta de Aranguren: la fraternidad no es un estado alcanzado de una vez por todas, sino un proceso en permanente construcción.

Uno de los méritos principales de la obra radica en su capacidad para

tender puentes entre la experiencia personal, la vida comunitaria y los desafíos sociales más amplios. Aranguren no reduce la fraternidad a un asunto intraeclesial, ni se limita a los vínculos internos de comunidades ya constituidas. Por el contrario, sitúa la fraternidad en diálogo con los movimientos sociales, con las dinámicas de justicia y con la necesidad de reconstruir lo común en sociedades cada vez más polarizadas. En este sentido, la obra resuena con las propuestas de Francisco cuando reclama una “política con mayúscula” que ponga en el centro el bien común y la dignidad de los pobres.

Desde una perspectiva crítica, conviene señalar que el libro privilegia la narración y la propuesta pedagógica frente a la elaboración teórica sistemática. Quien se acerque a la obra buscando una discusión conceptual detallada o un diálogo explícito con corrientes contemporáneas de filosofía política, teoría social o teología académica puede sentirse insatisfecho. El autor no pretende elaborar un sistema, sino suscitar un proceso de reflexión y práctica. En ese sentido, la obra se ubica más en la línea de la espiritualidad práctica y de la ética narrativa que en la de la teoría académica estricta.

Con todo, precisamente esa orientación constituye también su fuerza. La sencillez del estilo, la cerca-

nía de los ejemplos y la insistencia en lo concreto lo convierten en un texto de gran utilidad pastoral y comunitaria. No es frecuente encontrar libros que logren hablar de fraternidad en términos accesibles, evitando tanto la abstracción como la banalización. Aranguren consigue presentar la fraternidad como una experiencia posible, situada y realista, sin dejar de apuntar a un horizonte de transformación social y eclesial.

La categoría del cuidado atraviesa toda la obra y conecta con una de las corrientes más fecundas de la reflexión ética contemporánea. En diálogo con autoras como Carol Gilligan o Joan Tronto, la ética del cuidado ha mostrado su capacidad para iluminar las relaciones humanas desde la vulnerabilidad y la interdependencia. Aranguren asume esta tradición y la traduce en un lenguaje espiritual y comunitario, mostrando cómo el cuidado no es accesorio ni complementario, sino constitutivo de la fraternidad. Esta perspectiva se enriquece además con la insistencia en la justicia: el cuidado no puede quedar reducido a la esfera privada ni a gestos de compasión, sino que debe traducirse en estructuras sociales que promuevan la dignidad de todos.

En este punto se puede establecer un diálogo fecundo con la sociología de Bauman. El diagnóstico de la “modernidad líquida”, caracteriza-

da por la fragilidad de los vínculos y la volatilidad de los compromisos, encuentra en el libro de Aranguren una posible respuesta: construir vínculos que cuidan precisamente en medio de esa liquidez. No se trata de negar la intemperie ni de añorar nostalgias de comunidades sólidas, sino de habitar la fragilidad con prácticas de fraternidad que sostienen la vida. Esta resonancia implícita entre la sociología crítica y la propuesta espiritual refuerza el valor del libro como puente entre mundos distintos.

El texto también dialoga indirectamente con la teología de Jürgen Moltmann, especialmente en su insistencia en la esperanza y en la comunidad como anticipación de un futuro distinto. Aunque Aranguren no entra en referencias sistemáticas, su propuesta de fraternidad en la intemperie puede leerse como un modo de mantener viva la esperanza en medio de la precariedad histórica, de manera semejante a como Moltmann entendía la comunidad cristiana como señal escatológica en medio de un mundo herido.

En cuanto a su recepción, la obra tiene un amplio espectro de destinatarios. Para comunidades religiosas y movimientos laicales, ofrece claves concretas para discernir cómo vivir hoy la fraternidad sin caer en fórmulas prefabricadas. Para agentes sociales y educativos, aporta un lenguaje alternativo

frente a la lógica individualista y competitiva. Para el lector creyente en general, abre horizontes de espiritualidad cotidiana que conectan con la vida concreta. Esta versatilidad constituye uno de los puntos fuertes del libro.

La originalidad de “Fraternidades en la intemperie” radica en su capacidad para ofrecer una propuesta que es a la vez realista y esperanzada. Realista, porque no oculta las dificultades de construir vínculos en un tiempo marcado por la indiferencia y la precariedad; esperanzada, porque confía en la posibilidad de generar fraternidades concretas que cuidan y transforman. El tono es siempre positivo, propositivo y animador, sin caer en ingenuidades ni en discursos idealizados.

En conclusión, se trata de una obra significativa para el momento actual de la Iglesia y de la sociedad. No pretende agotar el tema ni ofrecer soluciones definitivas, pero sí abre un espacio de reflexión y práctica que resulta imprescindible. En un mundo en el que las seguridades tradicionales se desmoronan y en el que la indiferencia amenaza con imponerse, la propuesta de Aranguren constituye una invitación a construir vínculos que cuiden y a habitar la intemperie con esperanza y responsabilidad.

Por todo ello, “Fraternidades en la intemperie. Vínculos que cuidan”

puede considerarse un libro de referencia para quienes desean repensar la fraternidad desde la perspectiva del cuidado y en diálogo con los desafíos contemporáneos. Su aportación no reside tanto en la elaboración teórica cuanto en la capacidad de suscitar procesos co-

munitarios y de ofrecer un lenguaje accesible para hablar de lo más esencial: la necesidad de cuidar y ser cuidados en la fragilidad de la vida compartida

Enrique Abánades García

Valentín REDONDO, *De profesión, hermano. San Francisco de Asís, San Pablo, Madrid 2024, 226 pp.*

Obra aparentemente sencilla que nos presenta la figura de San Francisco de Asís. Se trata, por tanto, de una biografía más a añadir al amplísimo conjunto de biografías previas, pero con la novedad de que está escrita en primera persona, por lo que en este libro es San Francisco el que se dirige a nosotros, los lectores del momento actual. Es por eso por lo que con frecuencia emplea expresiones como “ahora esto lo entendéis de otra manera”, o “se ha insistido mucho en este aspecto, aunque la realidad no fue para tanto...”. Sin que sean muchas las ocasiones, sí hay momentos en los que el santo desea corregir algunas de las interpretaciones o exageraciones que biógrafos anteriores, o la propia tradición, han ido creando.

Decía en el comienzo de esta reseña que es una obra “aparentemente sencilla”. En realidad, es muy sencilla, sí, con un estilo claro, directo, el propio de un hombre que habla más con el corazón y para el corazón que el de un inte-

lectual; pero también es cierto que sí aparecen muchos datos, nombres propios, referencias a escritos de la época, y pequeños tratados sobre los temas fundamentales del franciscanismo, incluyendo algunas de las narraciones más conocidas de las florecillas. Por lo tanto, aun siendo fundamentalmente una biografía, hay bastantes páginas dedicadas a la presentación de diversos contenidos, como por ejemplo el modo en que fueron redactadas las Reglas, o capítulos que suponen pequeños tratados sobre temas fundamentales de San Francisco y de los franciscanos: la eucaristía, la fraternidad, la obediencia, el discernimiento de los espíritus, la pobreza, el trabajo manual, la verdadera alegría...

Los capítulos son muy breves, aunque los últimos capítulos del libro son notablemente más extensos. No hay citas a pie de página, aunque sí algunas referencias dentro del texto a autores, compañeros de Francisco, términos eminentemen-

te franciscanos, resaltados siempre en cursiva... Considero que el H. Valentín Redondo ha tenido un gran acierto al elegir el título: *De profesión, hermano*, ya que destaca así uno de los rasgos fundamentales de San Francisco: la fraternidad. Y el hecho de escribirlo en primera persona da la impresión de que le lleva a adoptar en el modo de redactar los rasgos propios de San Francisco. Quizá por eso destaca la mirada benevolente sobre la realidad y sobre las personas. En esta biografía, las personas que en otras obras son siempre objeto de críticas o son consideradas opuestas o indiferentes a San Francisco, son aquí presentados de una forma más asumible, más abierta, tanto se trate de miembros del clero como del propio padre de San Francisco, Pietro Bernardone, que en este libro siempre es mirado comprensivamente, o de Elías, el sucesor de San Francisco, que en otros libros ha sido presentado como persona contraria al espíritu primigenio de San Francisco.

A pesar de ser un libro no muy extenso, sí recoge con amplitud la biografía de San Francisco, e incluso, en capítulos introductorios, habla de los acontecimientos fundamentales de la época y del contexto social, cultural, económico, político y eclesial. Y en los últimos capítulos, incluso, va más allá de la vida del santo para hablar de su proceso de canonización, que fue tan rápido, y de la construcción de la basílica donde reposan sus restos. Y en los capítulos centrales explica de forma global la rápida expansión de la Orden en vida de San Francisco. Aunque no se extiende mucho, da buena cuenta de su inicio en España y nombra algunos de los primeros franciscanos españoles.

Termina el libro con una breve cronología de San Francisco, verdadera síntesis de los principales acontecimientos de su vida.

Esteban de Vega

Fernando MILLÁN ROMERAL, *San Tito Brandsma y los sacerdotes mártires de Dachau*, Encuentro, Madrid 2024, 153 pp.

“Dachau forma parte de esa lista de nombres macabros que nos recuerdan no solo el sufrimiento y la muerte de miles de seres humanos, sino también que lo que pasó una vez puede volver a pasar”. Con estas sencillas, pero a la vez alarmantes palabras, se abre la introducción de este libro, que presenta la barba-

rie vivida en Dachau por miles de personas, centrándose de un modo concreto en los sacerdotes que murieron en aquellos años y circunstancias terribles. Algunos de ellos han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia como santos; otros están actualmente en proceso de beatificación, y otros han pasado

al anonimato y sus nombres “quizá se perderán para siempre y para todos, excepto para el corazón de Dios, desde donde interceden por todos nosotros” (9).

Ya desde el título se resalta una figura de modo muy especial, Tito Brandsma, carmelita holandés nacido en 1881 y muerto en Dachau en julio de 1942. Fue sacerdote, periodista, profesor de la Universidad de Nimega, de la que fue nombrado rector en 1932, traductor, pionero del ecumenismo y muy polifacético. Quizá es el más conocido de todos los que se recogen en estas páginas, ya que gozó de gran popularidad en los Países Bajos en el período de entreguerras, y fue canonizado por el papa Francisco el 15 de mayo de 2022. Este sencillo libro es una forma de presentar el testimonio de su vida, hasta ahora poco conocida en España.

Aunque el libro es breve y de un estilo muy sencillo, nos presenta una recopilación muy lograda de la terrible realidad de los campos de concentración, centrándose en la peculiaridad del sufrimiento de los sacerdotes, que es mucho menos conocida. Que es un libro muy bien documentado no cabe duda: basta mirar el gran número de notas a pie de página que se presentan y la bibliografía que se presenta al final. En esta obra, por ejemplo, se clarifican aspectos que a veces desconocemos, a pesar de lo mu-

cho que se ha publicado acerca de los campos de concentración. Por ejemplo, que había tres tipos diferentes de campos de concentración: los de tránsito, como el de Westerbork, muy conocido porque en él se escribieron algunas de las páginas más impresionantes de la vida de Ety Hillesum; los campos de trabajo, como el de Dachau, al que se refiere especialmente este libro, y los campos de exterminio, como el de Auschwitz, el más conocido de todos ellos.

Nos acercamos con pormenor a la vida del hoy santo Tito Brandsma; pero también a otras figuras de las que se presentan brevemente sus biografías, expresando por qué fueron detenidos, fundamentalmente la oposición a las medidas nazis que manifestaron de diversas formas... Destaca, por ejemplo, la biografía del beato Carlos Leisner, ordenado sacerdote en Dachau y fallecido poco después de su liberación. En el libro se comunica que de los sacerdotes y religiosos que fueron asesinados en Dachau, “Uno ha sido canonizado y 57 han sido beatificados”. En las últimas páginas se recogen los nombres de todos estos sacerdotes, incluyendo algunas de sus fotografías.

El libro también nos introduce en el tema de las tensiones que la Iglesia vivió con Hitler. Nos enteramos por medio de él de los problemas diplomáticos y los conflictos que Pío

XI vivió con el nacionalsocialismo, que dio lugar a una Encíclica que no llegó a ver la luz por la muerte del Pontífice, antes de empezar la guerra. Incluir esta información, que no es tan conocida por el gran público, es de agradecer, aunque es una pena que no profundice más en este tema, tan manipulado por el interés de quienes en todo momento desean resaltar las páginas más oscuras de la Iglesia.

También se ofrece información sobre la actuación de la Iglesia protestante ante el régimen nazi, presentando someramente las dos vertientes en las que la Iglesia se escindió: la más crítica, la Iglesia confesante, que conocemos especialmente por referencias a Dietrich Bonhoeffer, y la que se alineó con Hitler, la Iglesia nacional.

El libro es sencillo, fácil de leer. Contribuye a ello la estructura que adopta, organizando en capítulos los distintos temas en los que los sacerdotes ofrecieron su testimonio: liturgia, servicio y profesión de fe. En cada uno de ellos se recogen textos y citas de testigos directos de la actuación de los sacerdotes, a partir de los cuales se da buena cuenta de su testimonio de piedad, valor, sacrificio, paciencia...

Merece la pena la lectura de este libro, porque de modo ameno, claro y breve se presenta una panorámica global, a la vez que concreta, de este capítulo de la historia reciente, a la vez que se realiza alguna incursión en temas en los que merecería la pena poder profundizar.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

Adrien CANDIARD, *Esperanza para naufragos. Manual de Usuarios para el siglo XXI*, Rialp, Madrid 2024, 93 pp.

La contraportada del libro expone una idea rotunda, que en cierta forma ayuda a entender la hondura del libro y en cierta forma confunde. Dice: “La esperanza de los cristianos solo tiene una cosa que ofrecer: la vida eterna”. Es una idea rotunda, no cabe duda, por su radicalidad y porque, efectivamente, el libro aborda de forma muy directa la

vida eterna, algo que normalmente, y Adrien Candiard lo reconoce, no se aborda. Y, además, lo hace muy bien; pero es algo que, insisto, puede confundir, porque el libro, a pesar de su brevedad, no se centra fundamentalmente en la vida eterna. Habla de la esperanza de un modo radical, profundo, muy centrado en Dios, pero abierta a toda la vida, a

todas las dimensiones humanas, no solo en el contexto de la vida más allá de la muerte. Por vida eterna entiende no solo la otra vida, sino un modo de vivir esta vida con un sentido de eternidad.

También me parece importante reconocer que el subtítulo del libro no es muy acertado y puede confundir. Aparece en él el término “Manual”. Y lo cierto es que este libro tiene muy poco de manual y nada en absoluto de consejos concretos, a modo de ofrecimientos específicos de ayuda, para despertar la esperanza. Por el contrario, es una reflexión intensa, profunda y muy sólida sobre lo que supone la esperanza y sobre el sentido profundo de una vida que se abre a la esperanza cristiana. Avisa Adrien Candiard, de un modo que me recuerda mucho al libro “El espíritu de la esperanza”, de Byung Chul Han, de lo siguiente: “No sabemos qué hacer. Y precisamente por eso, la esperanza nos resulta una virtud más necesaria que nunca, más urgente, más vital. Pero eso evidentemente implica comprenderla. Y comprender que no se trata en absoluto del optimismo que nos hace tan desconfiados. La esperanza, la verdadera esperanza, es quizá incluso lo contrario del optimismo” (14-15).

La obra es muy breve. No hay que olvidar, tal y como expresa Adrien Candiard en la mitad de la obra, este libro tiene su origen en una

charla que se le pidió, con el fin de motivar una peregrinación a Lourdes. El libro mantiene la brevedad y la rotundidad propias de una charla, si bien un tanto ampliada. Es un libro que se publicó en Francia en 2016, pero que no vio su publicación en España hasta 2024. Por eso el contexto del libro, que le lleva al autor a hablar de desesperanza, es el propio de la Francia de hace una década, lo mismo que algunos ejemplos concretos, que golpearon la sociedad francesa en 2015, como los atentados terroristas de París. Pero, más allá de esas concreciones, el libro goza de total actualidad y es muy necesario en el contexto mundial de nuestros días. Incluso más que cuando fue escrito, dadas las circunstancias políticas a las que hoy asistimos a nivel mundial.

Desde la primera página el libro despierta el deseo de leer: un gran escritor con profundas ideas que comunicar. Está plagado de reflexiones que inquietan, despiertan, motivan el pensamiento. Por ejemplo: “Y a menudo nuestra fe, lejos de reforzar nuestra esperanza, la hace aún más frágil” (33); “Para hablar de esperanza, es necesario comenzar por mirar de frente a la desesperanza. Nuestro primer deber de centinela es mirar la noche tal como es” (47); “El valor es necesario para la esperanza, pues para poder esperar, para esperar verdaderamente, hay que renunciar a la ilusión, a todas las falsas esperan-

zas” (48); “Si quisiera ser verdaderamente honesto, debería dejar de jugar con las ambigüedades, y decir muy claramente que, si se busca la armonía con los elementos, la desaparición de todo sufrimiento o no sé qué aspiración oriental a la moda, la Iglesia no tiene nada que ofrecer” (68); “Esperar es algo muy concreto: es creer que Dios nos hace capaces de realizar actos eternos. Que, cuando amamos, ese amor no es simplemente un bello sentimiento en una marea de absurdo abocada a la muerte, sino una ventana que abrimos a la eternidad” (69). Huye Adrien Candiard de falsos consuelos, de miradas optimistas bienintencionadas y de consejos propios de libros de autoayuda. De hecho, la primera parte del libro hunde sus raíces en la experiencia de Jeremías, el profeta más desolador en sus promesas aparentemente tan desesperanzadas. Pero lo hace para acudir a la verdadera fuente de la esperanza, que va más allá de la corta esperanza al alcance de nuestros deseos.

El libro aborda la experiencia humana: la experiencia del sinsentido, del dolor, del amor y la entrega, de la pérdida, de la búsqueda de la felicidad... Pero no se queda reducido a esas experiencias, sino que con, valentía y con compromiso, se abre a la experiencia de la fe e invita a la confianza radical, propia de la vivencia teologal. Por eso afirma, sin subterfugios: “Al

contrario que tantos de nuestros antepasados, a los que los éxitos de la fe podían deslumbrar, nosotros no tenemos otra alternativa posible que esta: o la desesperanza ante la catástrofe, o la esperanza en Dios. Las demás esperanzas no tienen ya sentido. La única promesa que Dios hace a Jeremías no es el triunfo o el éxito. Es la promesa de su presencia” (50).

Sorprende la sagacidad y la sabiduría de este escritor en su análisis y crítica respecto a determinadas manifestaciones actuales, que buscan idealizar el pasado o anclarse en radicales posturas, sucedáneos de la verdadera esperanza. Habla de “las pulsiones agresivas” como de algo muy tentador, dejando muy claro que el triunfo de la cruz no se puede confundir con la victoria de la Iglesia. Insiste en la necesidad de huir del refugio del victimismo y de las lamentaciones estériles, lo mismo de que la “melosa consolación sentimental” del “yo estaré contigo” bíblico. Más bien, anima a vivir la disposición a renunciar a todos los consuelos artificiales. Ante esto, dice: “La esperanza cristiana espera necesariamente contra toda esperanza, es decir, contra todas las falsas expectativas que nos protegen de un encuentro áspero con el mundo real donde Dios nos espera” (62). Y afirma: “Dios mismo es pues el único objeto de nuestra esperanza” (63).

Ya comenté que este libro engancha desde la primera página, por su estilo directo y su forma de expresar, atractiva a la vez que profunda; pero lo cierto es que el libro gana en

intensidad e interés en cada página. Considero que su lectura es muy recomendable.

Esteban de Vega

Elena ANDRÉS SUÁREZ, *Pioneros de un mundo inédito*, PPC, Madrid 2024, 175 pp.

La experta en interioridad Elena Andrés nos invita en este libro a recorrer un camino que “nos lleve a la otra orilla”. En su introducción se sirve del pasaje evangélico en el que Jesús les hace la propuesta a sus discípulos de pasar a la otra orilla. Y a lo largo de todo el libro, incluido el título y hasta la foto de la portada, sigue jugando con ella. A partir de esta imagen, expresa su convicción de que la educación en la interioridad tiene mucho que ver con ese paso. Aclara con toda intención que adentrarse en uno mismo no tiene nada que ver con encerrarse. Y dice: “Este libro quiere ser una descripción de las orillas que es preciso dejar atrás y de las que nos están esperando” (8).

El breve prólogo es obra de dos autores: Lorenzo Sánchez y Dori Díaz. En él expresan que este libro está especialmente pensado para los centros educativos que llevan tiempo trabajando la educación en la interioridad. Descubren en el libro un planteamiento de la educación en la interioridad “como un paradigma pedagógico en la escuela con una mirada humanizadora, es-

peranzada y misericordiosa” (4). La palabra “misericordia” tiene mucha importancia en este libro. Elena Andrés quiere romper con la idea de que cultivar la interioridad supone dejar de lado el ámbito social. Por el contrario, se sirve de presupuestos de *El principio Misericordia*, de Jon Sobrino, para unir profundamente el crecimiento interior y el crecimiento en el compromiso social. De hecho, considera que la verdadera aplicación de la EI (educación en la interioridad) pretende acompañar en la comunidad educativa un cuidado de la dimensión interior que permita hacer brotar una respuesta desde las entrañas al dolor del prójimo. Cuidar la interioridad, nuestras entrañas, hará de nosotros personas “entrañables”, cuidadoras del otro.

El libro tiene dos grandes referencias como telón de fondo, a las que cita en la primera parte: Etty Hillesum y San Francisco. Sus opciones de vida, su pensamiento y sobre todo el mensaje global de su existencia es muy revelador para nuestra realidad, tan necesitada de crecer hacia dentro en interioridad y de crecer hacia fuera en solidaridad. La EI,

de hecho, se propone favorecer “la unificación de las dimensiones interior-exterior y cuerpo-mente-corazón y ser constructores de la unidad con los demás, con el mundo y con el Misterio/Dios” (57).

Especifica lo que suponen los grandes pasos a la otra orilla, que cifra en cuatro recorridos:

- De la volatilidad y la fragilidad hacia el enraizamiento y la adaptabilidad.
- De la incertidumbre y la ansiedad hacia el conocimiento y la presencia.
- De la complejidad y la no linealidad hacia la contemplación y el espíritu de finura.
- De la ambigüedad y la incomprendibilidad hacia la transparencia y la intuición.

En la segunda parte del libro se ofrecen las sesiones que se elaboraron como material de ampliación del programa de Educación en la Interioridad de los colegios de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Son catorce sesiones distribuidas en tres fases, que juegan con la imagen de construir puentes y pasar a la otra orilla. Con claridad, de forma muy pedagógica, se expresa lo que supone cada sesión y se añaden unas propuestas de ampliación, que asombran al lector por la creatividad que suponen y por el enorme caudal de sugerencias que ofrece para ayudar al alumno a crecer en la interioridad y a disponerle para abrir los ojos a la realidad.

Esteban de Vega

VIDA RELIGIOSA

Jesús DÍAZ SARRIEGO, *Desafíos actuales de la Vida Religiosa*, Frontera Hegian 128, Vitoria 2025, 94 pp.

El dominico Jesús Díaz Sariego propone en este libro una espiritualidad para el camino. Es decir, plantea los desafíos actuales de la Vida Religiosa como un proceso en el que tenemos que entrar, como si de un camino se tratase. Ninguno de los desafíos, que aborda en cinco capítulos, se logran de un modo puntual. Esta comprensión es importante porque tanto en el primer capítulo (*la Vida Religiosa como ca-*

mino), como en el que dedica a las conclusiones, la perspectiva es de conversión continua, que requiere toda la vida, pero que es necesario abordar con determinación.

El autor es consciente de la ambivalencia del momento actual; pero afirma, haciendo referencia al cardenal Aquilino Bocos, que a pesar de que a veces cunda el desánimo porque parece que estamos aboca-

dos a vivir siempre lo mismo, sin capacidad de cambiar, y en un momento de gran fragilidad, estamos, sin embargo, ante una buena oportunidad. Por eso dice: “Pocas veces ha estado la vida religiosa tan atenta a las llamadas de Dios en la historia como en el momento presente. Pocas veces ha estado tan despierta y vigilante (...) En su conjunto, es la luz que alumbra y hace pensar que no solo goza de legitimidad humana y eclesial, sino que tiene capacidad de ofrecerse como referente inequívoco del Reino” (16). Esto es así, aunque en el momento actual parezca que el acento se ponga en el otro platillo de la balanza, que nos hace estar constantemente en el punto de mira de la sospecha: “Los medios de comunicación tienden a resaltar más los fallos y errores cometidos por los miembros de la Iglesia que sus virtudes y cualidades” (17).

Cada capítulo del libro se dedica a un determinado tipo de desafíos: antropológicos, teologales, el desafío de la comunión desde lo frágil, los desafíos que despierta la sabiduría profética y los desafíos de una mística para la misión. Hay una profunda interrelación entre ellos, pues lo antropológico está inevitablemente unido a lo teologal, y el modo de atender lo frágil exige una profunda sabiduría. Concretamente, los desafíos de tipo antropológicos, que parecen muy básicos, son fundamentales. El argumento

que se recuerda de San Ireneo, por ejemplo, marca una importante dimensión humanizadora: “Nada puede ser redimido si primero no es asumido”. O, por ejemplo, esta idea: “Es un error pensar que hay que estar totalmente sano, equilibrado. O alcanzar un grado alto de madurez psicoafectiva para poder seguir a Jesús. Lo seguimos desde lo que somos, con toda nuestra realidad a cuestas” (24).

El momento actual, no cabe duda, nos plantea muchos retos, y tenemos dificultades para ser comprendidos en esta cultura. Dice Jesús Díez Sariago: “Los votos religiosos, por acudir al centro de lo que nos configura como seguidores de Jesús, *han saltado por los aires*. La sociedad actual es especialmente incisiva en cuestionar nuestras opciones de vida. Las cuestionan cuando observan las incoherencias y contradicciones”. Y este cuestionamiento es especialmente incisivo cuando se trata de la capacidad de los religiosos de asumir el voto de castidad; pero alcanza también a los demás votos: el de pobreza, por ejemplo, pues difícilmente nuestros contemporáneos lo ven plasmado en nuestra vida ni lo interpretan como la capacidad de ser libres respecto a los bienes de este mundo; o el voto de obediencia, que es aún más difícil de entender culturalmente hoy y que es profundamente cuestionado ante los abusos de poder y de conciencia.

Jesús Díaz Sariego es muy realista, a lo largo de todo el libro, respecto al cuestionamiento y hasta a la sospecha a la que continuamente nos encontramos abocados hoy en día. Dice, por ejemplo: “Estamos viviendo un cuestionamiento serio y relevante con respecto a nuestra capacidad para asumir el voto de castidad o el celibato exigido en el ejercicio del ministerio sacerdotal” (33). Pero no porque estas dudas o juicios a la baja estén a la orden del día, el autor reduce las expectativas de la vida a la que estamos llamados, no por lo mucho que valemos, sino por lo mucho a lo que se nos llama. Por eso, al hablar de los desafíos teológicos, nos recuerda a qué estamos llamados: “Para crecer espiritualmente hay que aprender a *morir a uno mismo* (cf. Mc 8,34-35) para adherirse interiormente al querer de Dios. Supone descubrir que la verdadera realización está más allá de uno mismo, en Dios. Y a Dios no lo podemos manipular, controlar, según los gustos o deseos” (40).

Se ponen en relación conceptos y dimensiones fundamentales, como la autoridad y la vulnerabilidad, o la responsabilidad y la fragilidad, que aparentemente no guardan tanta conexión, pero que son necesarios para asegurar el futuro “del planeta, de la vida, de la economía mundial, de la comunicación planetaria y, por último, de la democracia” (53).

En el capítulo que dedica a la mística ofrece una serie de principios que explica brevemente, pero que son muy significativos de cara a la consecución de un proyecto renovador. Destaco estos cuatro: el tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea y el todo es superior a la parte.

Como es habitual en esta colección, al final de cada capítulo se ofrecen unas cuantas cuestiones para la reflexión personal y comunitaria. En este número concretamente Jesús Díaz Sariego ofrece preguntas que cuestionan tanto la vida personal como la comunitaria y la de toda la Institución religiosa.

Las conclusiones son un buen modo de ofrecer lo que ha sido el libro, pero sin repetir las ideas del mismo, que ya han sido expresadas con suficiente claridad. Más bien, condensa en seis principios fundamentales los caminos que la vida religiosa debe andar para poder avanzar en la línea que los desafíos están proponiendo. De estos seis, destaco estos cuatro: la vida religiosa vale por lo que es, no tanto por lo que hace; el valor del signo no repara en la cantidad: lo importante no es el número de obras; la evangelización es ante todo cuestión de testimonio; y finalmente, la encarnación es un proceso en acto permanente e inacabado, no tanto una estrategia puntual.

Jesús Díaz Sariego ofrece citas fundamentalmente de autores de vida religiosa, pero también de filósofos, entre las que destaco las de Hans Jonas, Georges Canguilhem, Paul Ricoeur, María Zambrano, Eladio Chávarri... El pensamiento de estos autores da hondura, contraste, am-

plitud y hasta belleza a las ideas del autor y ponen en diálogo la teología con la cultura del momento actual. Pero sin duda, el autor más citado es el Papa Francisco

Esteban de Vega

ÉTICA Y MORAL

Adela CORTINA, *¿Ética o ideología de la inteligencia artificial? El eclipse de la razón comunicativa en una sociedad tecnologizada*, Planeta S.A., Barcelona 2024, 247 pp.

Adela Cortina es consciente de las contrariedades que rodean el desarrollo de la Inteligencia Artificial (IA), así como de la necesidad de una mirada ética en torno ella. De hecho, el comienzo del libro recoge este planteamiento como objetivo de la obra: “Tanto los temerosos frente a las amenazas como los entusiastas de las promesas reclamaron dotar a la IA de una ética” (11). El debate es muy vivo, y aunque son evidentes las enormes ventajas de la IA para la humanidad, incluso para sus más acérrimos detractores (posibilidad de acabar con la enfermedad, la vejez... ¿la muerte?), también es evidente que hay que ser cautos. Porque, ¿es posible incorporar valores a las máquinas?

Aun así, el título plantea una pregunta: ¿ética o ideología? Porque antes de nada es necesario pregun-

tarnos si en torno a la IA podemos hablar de ética o de ideología. La autora se esfuerza por convencer nos de que tenemos que inclinarnos por la ética, lo cual supone un diálogo, como tantas veces ha defendido, profundo, bienintencionado, cabal... tal y como han propuesto los filósofos Apel o Habermas. El subtítulo muestra la preocupación con la que Adela Cortina aborda esta amplia reflexión, consciente del momento en el que nos encontramos: *El eclipse de la razón comunicativa en una sociedad tecnologizada*. Este subtítulo viene justificado por esta idea que expone en el prólogo: “El aumento de la conectividad, gracias a las redes, que debería llevarnos a poder decidir conjuntamente, deliberando, qué queremos hacer de nuestro futuro, no mejora la comunicación veraz. Por el contrario, triunfa una vez más la razón

estratégica, que pasa a ocupar todo el espacio público, y se produce el eclipse de la razón comunicativa” (12).

Son muchas las referencias que Adela Cortina realiza, acudiendo a libros de filósofos, novelistas, películas... Porque es cierto que este es un tema muy presente actualmente. Quizá una de las referencias más continuada y que realiza de un modo más consistente es a la novela *Máquinas como yo y gente como vosotros*, de Ian McEwan, y todas las preguntas que de ahí se suscitan. Aunque, sin duda, la máxima autoridad a la que Adela acude, como referencia más importante, es el filósofo Kant.

El libro se estructura en 12 capítulos, que a su vez se van presentando en apartados breves, encabezados con títulos que a veces son muy sugerentes y que favorecen y alienan la lectura. El tema es de gran actualidad, y Adela Cortina lo esgrime con maestría. Dice, por ejemplo: “Desgraciadamente, son malos tiempos para la veracidad, no tanto para la verdad, que continúa conviviendo con la presente *posverdad*. Lo que pelagra sobre todo es la veracidad, y conviene recordar que lo contrario de la verdad es el error, lo contrario de la veracidad es la mentira” (26).

A partir de esta reflexión sobre la verdad, tema nuclear de todo plan-

teamiento ético, Adela expone una idea que está en el núcleo central de este libro, al comparar nuestro momento histórico con el de la Escuela de Frankfurt. En aquellos años, el peligro del eclipse de la razón, producido por el triunfo de la razón instrumental, quedó superado por el descubrimiento de la razón comunicativa; sin embargo, hoy “en nuestra sociedad tecnolozada, atravesada por infinitas conexiones, cuando las decisiones deben tomarse con tal celeridad que no hay tiempo para calibrar si las noticias que llegan a través de ellas son *deepfakes*, creaciones de ChatGPT en alguna de sus versiones o son veraces y bien informadas, es justamente la razón comunicativa la que está quedando eclipsada, cuando es indispensable para construir una vida humana justa y feliz, y, por supuesto, sociedades democráticas” (27).

El libro está plagado de anécdotas y de datos realmente sorprendentes, acerca del poder actual de la IA. Por ejemplo, la realidad de que Xerox, Google, L’Oreal o Amazon tengan un algoritmo dentro o al frente de la dirección de recursos humanos. Igualmente, es muy interesante la información que ofrece respecto a los distintos modos de abordar toda la realidad de la IA en los distintos países. Afirmo que Estados Unidos es líder en innovación, China, en productividad, y la Unión Europea, en normatividad. El posiciona-

miento de Adela coincide con el de Europa, que es el baluarte del cuestionamiento de tipo ético.

Adela, a pesar de utilizar un modo de argumentar y un razonamiento que puede ser fácilmente comprendido por el gran público, realiza un planteamiento riguroso y esgrime conceptos no sencillos: funcionalidad autónoma y ontológicamente autónoma, especismo, generismo, racionalidad teleológica y racionalidad mesológica, epistocracia... Igualmente, es muy precisa al diferenciar conceptos como verdad, posverdad y mentira, cultura de la cancelación, wokismo, teoría

queer, teoría poscolonial, teoría crítica de la raza...

Son especialmente interesantes los capítulos 8 y 9. En el capítulo 8, que se refiere a la libertad en la era digital, dice: “En este año en que celebramos el tricentenario del nacimiento de Immanuel Kant, es un deber de gratitud recordar la imperiosa necesidad de defender la libertad como un don precioso al que nunca se puede renunciar y saborear una vez más aquel espléndido escrito *Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?* Para continuar en la línea del verdadero progreso” (143).

Esteban de Vega

PSICOLOGÍA

Guillermo LAHERA, *Las palabras de la bestia hermosa. Breve manual de psiquiatría con alma*, Penguin Random House, Barcelona 2024, 247 pp.

Guillermo Lahera afirma que este libro, a pesar de que en su subtítulo cite directamente la psiquiatría, y de hecho trate de ella, es sobre todo un libro de humanidad. Por eso, una de las primeras ideas que afirma en la interesante y clarificadora introducción, es esta: “En este libro cuento de primera mano mi experiencia como psiquiatra en los últimos veinticuatro años, y la hipótesis que propongo es que escuchar las palabras -terribles, pero a veces hermosas- de los pacientes con sufrimiento psíquico puede hacernos comprender algunos aspectos esen-

ciales de su humanidad” (13).

Esta es una idea que sirve de hilo conductor a lo largo de todo el libro, de cada capítulo: la cercanía al paciente, la escucha, el conocimiento lo más certero y amplio posible... De ahí, creo, la expresión con que termina el subtítulo del libro: “con alma”. Para Guillermo Lahera prima la persona por encima del test o de las descripciones de las enfermedades y de sus efectos. Se refiere mucho, insistentemente, de la necesidad de conocer bien a la persona, de realizar entrevistas amplias,

clarificadoras, profundas, para no dejarse llevar por arquetipos o por la sintomatología cuyo origen o coincidencia no son suficientemente significativas para considerar un trastorno. Por eso insiste, con un lenguaje sencillo y hasta humorístico: “La verdad es que experimentar emociones intensas negativas, como tristeza, rabia, decepción, amargura y desolación, es necesario en determinadas circunstancias y no supone forzosamente tener un trastorno. Imagina el disparate de reducir el exuberante catálogo emocional de los dioses del panteón griego o de los personajes de la novela rusa del siglo XIX a unas cuantas categorías diagnósticas” (85).

En este afán de humanizar y de darle un tono cálido a todo el libro, Guillermo Lahera acude con frecuencia a su propia experiencia, a anécdotas de su vida, de su familia, y sobre todo de sus pacientes. Explica narrativamente cómo descubrió su vocación, y se refleja a sí mismo como un gran amante y conocedor del mundo del cine, la novela, la poesía, la pintura... Muchas de las imágenes y de las ideas que utiliza para hacer más cercana y plástica la exposición de los contenidos del libro están tomadas de su amplio espectro cultural, que toca todos estos palos. Se muestra de este modo fiel también a una idea que expresa en el inicio del libro, cuando dice que pretende la integración de psiquiatría, psicología, ciencias biológicas y sociales. De este modo,

persigue una doble intención: por una parte, relatar lo que pasa en una consulta de psiquiatría, describir la riqueza de los síndromes clínicos, ilustrarlos con casos reales que ha podido tratar directamente, corrigiendo el bulo de que todos los psiquiatras se limitan a escuchar y a dar pastillas; y por otra, contar cómo son las palabras que utilizan las personas que están en el límite del sufrimiento psíquico que causan los trastornos mentales. Le mueve la convicción de que divulgar los conceptos de la psiquiatría puede tener un efecto preventivo, para detectar los signos de alarma, identificar los factores de riesgo, comprender y, sobre todo, empatizar con las personas afectadas. Y todo esto, de un modo sencillo, porque, dice, “he tratado de hacerlo desprendiéndome en lo posible de la odiosa jerga *psi*, porque no me dirijo en especial, ni únicamente, a mis queridos colegas” (20).

Es de agradecer este empeño por utilizar un lenguaje sencillo y cercano para explicar conceptos muy complicados a quienes estamos al margen del mundo de la psiquiatría. También la pasión que transmite por clarificar el alcance real de muchos de los traumas, quitando bulos, desmitificando, desdramatizando... y, a veces, insistiendo en la utilización correcta del lenguaje, para no confundir cualquier manifestación con trastornos graves como la bipolaridad, la depresión, la pulsión irrefrenable de acumular

objetos... La clarificación pedagógica de conceptos como delirio, esquizofrenia, psicosis, alucinaciones, neurosis, paranoia, las variadas obsesiones de distintas sintomatologías de los TOC... supone un esfuerzo muy grande, digno de ser reconocido. Lo cual no quita para que haya también páginas muy densas, de contenidos específicos sobre el origen neurológico de muchos de los trastornos, su tratamiento... que realmente son difíciles de seguir.

Al terminar la introducción, Guillermo Lahera dice: “Los siguientes casos clínicos están inspirados en hechos reales, pero para proteger a las personas implicadas se han cambiado escrupulosamente todos los nombres, fechas, lugares y otros detalles significativos. Algún caso ha sido creado fusionando la historia de varios pacientes”. Que todos los capítulos se abran con el relato de experiencias que el autor ha tratado le da al libro un carácter de narración que incentiva su lectura. Y, siempre que puede, Guillermo Lahera acude al relato de su propia historia personal. En este sentido, hay capítulos mucho más narrativos, más atractivos, y los hay de un contenido más arduo y específicamente científicos.

Cerca del final del libro se centra en el problema del suicidio. Es una parte del libro especialmente interesante y atractiva, a la vez que necesaria, dado el incremento de casos de suicidio. Ofrece información

muy precisa a través de porcentajes y datos que son en sí mismos alarmantes: mueren más personas por suicidio que por cáncer de mama, el número de personas fallecidas por suicidio triplica al de los fallecidos por accidente de tráfico, y por 93 a las defunciones por violencia machista. O el alarmante dato de que el suicidio es la principal causa de muerte entre los 15 y 29 años.

Las últimas páginas del libro las dedica Guillermo Lahera a incentivar la conciencia del compromiso para impulsar y reformular la investigación sobre los trastornos mentales. Cada vez somos más conscientes de la importancia de la salud mental; pero esto no debe quedarse en intentar suavizar el malestar ante la vida, sino que debe incluir también “el problema del sufrimiento psíquico *profundo*, el trastorno mental, el que lleva al sujeto al límite de lo insoportable. El abordaje de lo que clásicamente ha sido llamado *locura* ha definido a través de la historia la talla moral de las sociedades y debemos preguntarnos cuál queremos que sea la nuestra” (231).

Debemos ir más allá, hasta “modificar la creencia nuclear acerca de quiénes somos en realidad” (235). Y, por encima de todo, lo que expresó desde el principio, pero que refuerza en el final del libro: la importancia de la relación. Por eso, dice: “Frente al cliché automático que aparece en nuestras mentes tribales, podemos acercarnos a

ellas, escucharlas, constatar que la línea que nos separa es difusa y descubrir que la lucha secreta que sostienen consigo mismas repre-

senta una forma excelsa de humanidad" (235).

Esteban de Vega

Byung CHUL HAN, *Sobre Dios, pensar con Simone Weil*, Ediciones Paidós, Barcelona 2025, 144 pp.

Los últimos libros de este prolífico filósofo tienen un tono mucho más biográfico de lo que era usual en él. En este, concretamente, resalta desde las primeras páginas su admiración por Simone Weil, una pensadora con la que siente gran afinidad por compartir muchas de sus principales preocupaciones e intereses. Entre ellos, el pensar en Dios. Sorprende esta inquietud por Simone Weil, porque en libros anteriores, aunque a veces aparecía su nombre, eran otros los autores más citados. Pero es cierto que la preocupación por Dios se iba haciendo notar crecientemente, muy especialmente en los dos últimos libros.

Siente afinidad con el pensamiento y la actitud vital de Simone Weil. Con ella comparte la conciencia de que más allá de la *inmanencia* de la producción y el consumo, de la información y la comunicación, hay una *trascendencia* "que puede sacarnos de una vida completamente desprovista de sentido, de una mera supervivencia, de la mortificante falta de ser", para brindarnos una gozosa plenitud de ser. Pero junto a esta idea fundamental, se desarrolla en este libro un pensamiento

que destaca el deseo de contemplar y de vivir con absoluta humildad, sin deseo de acaparar; la liberación del apetito insaciable de poseer, la capacidad de ascesis, como modo de vivir en libertad; la superación de todas las adicciones, que son lo opuesto a la atención profunda, la capacidad de esperar, de ser paciente ante lo que no está disponible de entrada...

La atención es una dimensión nuclear para Simone Weil, y lo es también para Byung Chul Han, que ya había escrito con amplitud sobre esta actitud, que él entiende más como contemplación. El filósofo interpreta la contemplación, como otro modo de situarse en la vida. Considera que la utilización de la vista y el oído están actualmente en crisis, ante la prevalencia de lo que se consume y se come. Por eso, no considera que es Dios quien está en crisis: quien está en crisis es el ser humano que ha reducido su capacidad de ver y de oír. La crisis de la religión es, ante todo, una crisis de la atención. El modo de vivir del hombre cada vez se emparenta más con el consumir, con el comer; pero comer sirve exclusivamente para

saciar una necesidad, mientras que mirar nos redime de la inmanencia del consumo, desprovista de sentido.

La contemplación es un modo de vivir; pero se expresa y vive de forma privilegiada en la oración. Dice Byung Chul Han, siguiendo a Simone: “la atención profunda, como oración que es, se nutre del deseo, pero de un deseo que carece de un objeto disponible. El interlocutor al que se dirige la oración en tanto que atención profunda no nos convierte en adictos. En lugar de imponérsenos, se repliega en una ausencia, en una indisponibilidad”. Por eso, dice, “Dios brilla por su ausencia”. El filósofo une de un modo precioso la atención (la contemplación), la oración y la capacidad de amar y de atender al otro, como se refleja en esta preciosa cita: “El vacío es la posada que recibe al otro tal y como es, en su otredad y sin injerencia ni mezcla del yo. Para ello es suficiente, pero indispensable, saber dirigirle [al prójimo] una cierta mirada. Esta mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que se está mirando tal cual es, en toda su verdad. Solo es capaz de ello quien es capaz de atención” (19-20).

El pensamiento de Simone Weil es singular, creativo, desbordante. A veces costoso de interpretar. Byung Chul Han muestra su admiración ante esta forma de pensar y la hace más comprensible, respetando la

originalidad y la hondura, sin adulterarla, pero haciéndola más accesible. A veces recrea sus expresiones, las embellece, pero las deja también fluir en todo su caudal sorpresivo, como en esta preciosa cita de Simone, tan desconcertante: “Los bienes más preciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas y, si se pone en su búsqueda, solo encontrará en su lugar falsos bienes, cuya falsedad no sabrá discernir”.

En los libros de este filósofo siempre aparece la crítica al neoliberalismo, al que desenmascara en su pretensión de libertad. Reconoce que el régimen disciplinario de la época de Simone Weil ha dado el paso al régimen neoliberal, que no se define por las órdenes y la obediencia, sino que explota la libertad en sí misma. En la sociedad neoliberal del rendimiento, el esclavo y el amo confluyen en la misma persona. El esclavo solo se ha liberado en apariencia, convirtiéndose en amo, concretamente en empresario de sí mismo. Pero sigue siendo esclavo, en un autoengaño del que no siempre es consciente. Y la sociedad neoliberal corrompe cuanto toca: también lo espiritual. Es curioso que, por ejemplo, considere el *mindfulness* como la espiritualidad del régimen neoliberal, una especie de artimaña productiva para instrumentalizar el silencio y la atención y pasarlas al campo de lo rentable. Dice: “Para multiplicarse, el capital intenta que

todo se incorpore a su circuito. Incluso la espiritualidad, que en realidad podría ser una fuerza opuesta a él, se convierte en su víctima. La floreciente industria del mindfulness reduce la espiritualidad hasta convertirla en una técnica para aumentar el rendimiento y la eficiencia, una técnica para la autooptimización o para la reducción del estrés. Estamos aquí ante un *consumo espiritual*. Y, como todo consumo, sea material o espiritual, es rechazado sin paliativo por este filósofo, como lo fue por Simone Weil.

Entre las páginas más intensas de este libro se encuentran las que dedica al concepto de des-creación. A partir de este concepto, aborda la experiencia mística del anonadamiento y de la humildad radical, la obediencia total a Dios, que nunca aliena, sino que plenifica y nos hace divinos. La humildad, que ya había sido ensalzada por Byung Chul Han en otros libros, adquiere aquí un tono vibrante. Afirma: “Todo genio debe su inspiración a la humildad, a la espera paciente”.

Del mismo modo, profundiza en el concepto del arte y de la belleza, que liga directamente a la existencia de Dios. Lo bello forma parte directa del campo de lo gratuito, lo que ni

quiero ni puedo controlar ni poseer. Su comunión de pensamiento con Simone es también manifiesta en este campo, de modo que a veces no sabemos si quien habla es ella o él. Esta cita es de Simone, pero bien podría ser de Byung Chul Han: “Lo bello supone un atractivo carnal distante y lleva aparejada una renuncia. Incluida la renuncia más íntima, la de la imaginación. A los demás objetos del deseo queremos comerlos. Lo bello es lo que deseamos sin ánimo de comérselo. Deseamos que exista”.

Como en otros libros, también en este se recrea en el análisis filológico de distintas palabras, en diferentes lenguas, tomando los significados de determinadas palabras desde la profundidad original. Por ejemplo, la relación que establece entre los términos franceses de *attention* (atención) y *attendre* (esperar). Y, aunque aquí descuellan la admiración por Simone Weil, también aparecen sabrosas referencias a otros pensadores, muy habituales en los escritos del filósofo alemán: Heidegger, Paul Celan, Lévinas, Agamben, Kant, Merleau Ponty, Jünger...

Esteban de Vega

Byung CHUL HAN, *El espíritu de la esperanza. Contra la sociedad del miedo*, Herder, Barcelona 2024, 140 pp.

Estamos acostumbrados a que Byung Chul Han se enfrente en sus

libros a los grandes problemas que la cultura, la sociedad o el momen-

to presente nos plantean, desde una mirada filosófica y con gran contenido sociológico. Este es un libro, digamos, distinto, aunque hunde sus raíces en el *humus* de las grandes necesidades que acucian al ser humano. Es inevitable hacer alguna alusión en esta reseña al último libro de Byung Chul Han: *La tonalidad del pensamiento*. En él decía que sus libros son como variaciones sobre un mismo tema. Este libro, desde luego, tiene mucho del mismo tema. Por ejemplo, alguno de los análisis que expone en las primeras páginas, que es continuación de los planteamientos de la mayoría de sus libros. Por ejemplo: “La competencia indiscriminada y la presión para rendir cada vez más debilitan a la comunidad. El aislamiento narcisista genera soledad y miedo. También nuestra conducta está cada vez más marcada por el miedo: miedo a fracasar, miedo a no estar a la altura de lo que uno espera de sí mismo, miedo a no poder mantener el ritmo o miedo a quedarse descolgado. Precisamente este miedo ubicuo es un motor que hace que aumente la productividad. Ser libre significa no estar sometido a presiones. Sin embargo, en el régimen neoliberal es la propia libertad la que las crea. Esas presiones no vienen de fuera, sino de nosotros mismos. La obligación de rendir más y la necesidad de optimizar son presiones que nos ponemos libremente. Libertad y coerción coinciden aquí. Acatamos voluntariamente la obligación de ser crea-

tivos, eficiente y auténticos” (26). Aquí aparecen algunos de sus grandes temas, como hace poco después, cuando escribe, de forma lapidaria: “Nos optimizamos figurándonos que nos estamos realizando, pero en realidad nos explotamos matándonos a trabajar” (28).

Se trata, por tanto, de un libro en continuidad con los anteriores; pero, tal como decía, se trata también de un libro distinto, porque se centra en la esperanza. La esperanza se presentará como una bendición para el ser humano, aunque al principio la propone sobre todo como una especie de antídoto contra el miedo; de ahí el subtítulo de la obra: *Contra la sociedad del miedo*. El miedo hace imposible la confianza, impide la democracia y se enfrenta a la libertad. Por eso habla con el mismo empeño tanto a favor de la esperanza como en contra del miedo que aliena al ser humano. Concretamente, las primeras palabras del libro son estas: “Merodea el fantasma del miedo. Permanentemente nos vemos abocados a escenarios apocalípticos como la pandemia, la guerra mundial o las catástrofes climáticas: desastres que continuamente nos hacen pensar en el fin del mundo o en del final de la civilización humana” (13). Y alude a distintas manifestaciones que nos hacen experimentar un ambiente de apocalipsis, hasta llegar a decir: “En una situación así, solo la esperanza nos permitiría recuperar una vida en la que *vivir* sea más que

sobrevivir. Ella despliega todo un *horizonte de sentido*, capaz de reanimar y alentar a la vida. Ella nos regala el *futuro*" (14).

Byung Chul Han siempre se ha expresado contra el positivismo fácil y contra la imposición de un determinado estilo de felicidad en el que se quiere embarcar a la humanidad. Por eso clarifica que la esperanza no es lo mismo, en absoluto, que el optimismo. Es otra cosa, relacionada con el sentido. De ahí que algunos de los referentes de este libro, sin dejar de lado a los habituales, sean otros, como San Pablo, Simone Weil, Bloch, Martin L. King, Pascal, Moltmann, Lutero, V. Havel...

Su oposición fundamental es contra el miedo; pero se expresa con el mismo vigor contra el neoliberalismo y el consumismo, que individualizan a los seres humanos convirtiéndolos en idénticos, eliminando la diferencia y haciendo tabla rasa de toda alteridad. Ambos, el neoliberalismo y el consumismo, se oponen a la esperanza, porque "quien tiene esperanza no consume" y "quien consume solo desea satisfacer sus deseos". Y tener esperanza es algo muy distinto a tener deseos.

Diferencia Byung Chul Han la esperanza pasiva de la dinámica, la que nunca se da por satisfecha y nos supone un poder vivificante que incluso nos trasciende, que no nace de nosotros mismos. Es a partir de

contenidos semejantes a este como el filósofo da el salto al cristianismo y a la fe, refiriéndose a una esperanza que no desfallece, o deteniéndose en el valor de la "porfía", concepto casi olvidado, pero que rescata en el libro para dar a entender la insistencia, la intensidad y la incombustibilidad de la esperanza, que hunde sus raíces en lo profundo. Insiste también en la capacidad de unirnos que nos concede la esperanza, de hacer pueblo, de trascendernos, siguiendo especialmente el pensamiento y la experiencia vital de V. Havel. Escribe Byung Chul Han: "La esperanza no saca sus fuerzas de la inmanencia del yo. Su centro no es el yo. Quien tiene esperanza, está camino del *otro*. Cuando uno tiene esperanza, *confía* en algo que lo *trasciende*. En eso la esperanza se parece a la fe. La *instancia de lo distinto* como *trascendencia* es lo que me alimenta en medio de la desesperación absoluta, la que me capacita para *levantarme en el abismo*. Quien tiene esperanza es *sostenido por algo distinto*. Justamente por eso cree Havel que la esperanza tiene su origen en la trascendencia y *viene de la lejanía*" (105).

Se adentra Byung Chul Han en el componente afectivo y vital de la esperanza, muy superior al meramente intelectual, pues es una cualidad que desborda nuestra capacidad de pensar, otorgando a nuestro conocimiento global una profundidad mayor, que no está solo en la

razón. Incluso, en un sentido aún más profundo, adelanta que la verdad no sería concebible sin la esperanza, siguiendo la estela del pensamiento de Adorno.

En muchos de los libros de Byung Chul Han Heidegger es una referencia positiva. En este caso, Heidegger también es muy citado, pero desde otro aspecto, para dar a entender una limitación del pensamiento heideggeriano. Dice Byung Chul Han que la esperanza nos lleva a la salida de uno mismo, a trascendernos haciéndonos salir de la categoría de “angustia”, tan propia de Heidegger, que surge de la contemplación del yo existencial, encerrada en sí misma. La esperanza, por el contrario, supera la angustia, nos permite salir de ella o, al menos, convivir con ella con sentido, encaminándonos a la fe.

Junto a Heidegger y a otros autores ya citados, no tan comunes en Byung Chul Han, volvemos a encontrarnos con referencias a pensadores muy habituales en el universo intelectual del filósofo coreano-alemán: Spinoza, Nietzsche, Kafka, Proust, Hanna Arendt, Paul

Celan, W. Benjamin, Deleuze... En algunos de ellos, como antes hiciera con Heidegger, entra en confrontación, por concebir la esperanza de una forma diferente. Es el caso de Spinoza, Hanna Arendt o Bloch, ya citado anteriormente.

Una novedad del este libro son las ilustraciones, fotos, grabados que van apareciendo, en blanco y negro y a color, todos ellos de Anselm Kiefer. Incluso la portada es de este mismo autor, muy reveladora del contenido del libro, por aparecer en ella una escalera que da la impresión de gran fragilidad, pero que se mantiene erguida en medio de un entorno caótico, como caótica es la vida.

Un libro muy profundo e interesante, como todos los de este autor, si bien me ha parecido un tanto irregular, con páginas de intenso pensamiento, apasionante, y otras no tanto. Y con referencias a algunos autores que se han perdido, en mi humilde opinión, en un intelectualismo un tanto vacío, ofreciendo meramente especulación racional, contradiciendo el conjunto de la obra.

Esteban de Vega

VARIOS

Pedro SIMÓN, *Los siguientes*, Espasa Calpe, Madrid 2024, 312 pp.

Una novela preciosa, centrada en las relaciones de un padre anciano,

viudo, con sus tres hijos. Quiero evitar narrar el argumento de la

novela, porque recomiendo encarecidamente su lectura y no quiero desvelar nada que le quite al lector la posibilidad de dejarse sorprender por una narración impresionante. Hay motivos de peso para recomendar la lectura de esta obra. De entrada, Pedro Simón muestra una sensibilidad exquisita en cada uno de sus libros: sea para expresar cómo ve la vida un niño, que descubre cómo se transforma la propia existencia cuando se traslada del medio rural a la ciudad; o cómo afrontan la realidad los adolescentes que se abren a la vida; o, como es el caso de esta novela, cómo es la vida de un anciano que es consciente de que no le queda mucho tiempo, que ve que las fuerzas cada vez son menores, que ha perdido a la mujer con la que compartió la vida, y que se ve obligado a vivir cambiando su residencia cada dos meses, para ser acogido por cada uno de sus tres hijos, antes de terminar sus días en una residencia de ancianos. Pero algo muy especial de este libro es que el protagonista principal no dice nada de sí, excepto en las páginas finales, porque todo el relato va siendo narrado por cada uno de sus hijos, a medida que el padre va pasando por la casa de cada uno de ellos para vivir (a veces sobrevivir) el período que le corresponde con cada uno.

La aparente armonía que se va reflejando, aun en medio de algunas tensiones que de vez en cuando van

apareciendo, se rompe cuando se descubre un drama familiar que viven desde hace años. Un drama difícil de sanar, casi imposible. Desde el momento en que esa situación se revela, la narración gana en intensidad y el estilo de Pedro Simón manifiesta una capacidad magistral de reflejar todos los tonos de la relación humana cuando está abocada al rencor, a la petición de perdón no atendida, a la agonía de la culpa, a la capacidad de amar no correspondida, a la convivencia que se desea y a la vez se teme, a la ternura, al olvido de sí, al deseo de olvidar y a la incapacidad de lograrlo...

También resaltan en el libro la descripción de las diferencias de caracteres y las relaciones diversas que estos provocan. La situación de cada uno de los hermanos es muy distinta en todos los sentidos: afectiva, económica, psicológicamente... Hay un hermano que ha triunfado en el estatus social y con una posición económica envidiable; una hermana con un trabajo sencillo, duro, pero estable y un hermano que ha pasado por varios empleos y por varias relaciones afectivas, cuya situación económica es poco halagüeña. Sin embargo, el grado de felicidad que cada uno muestra no tiene nada que ver con la situación económica o social que cada uno tiene.

En el libro, con frecuencia, se establece un símil entre la ancianidad y la infancia: la dependencia, la inca-

pacidad de afrontar las situaciones, la necesidad afectiva... se aprecian de forma semejante en los dos momentos vitales; pero en el anciano el empobrecimiento es cada día mayor, mientras que el niño cada día crece en independencia. En el anciano la tristeza, la conciencia de la pérdida, la limitación de las fuerzas, el sentimiento de vivir siendo una molestia para los demás, la certeza de no poder recuperar lo que en otros momentos era fuente de alegría... todo esto convive con el deseo de recibir cariño y con la necesidad de transmitirlo a los hijos, aunque alguno de ellos no lo quiera ni lo pueda aceptar.

Los dos últimos capítulos son distintos: si en los nueve primeros asistimos a la estancia del padre en cada una de las casas de los tres hijos, en los dos últimos el estilo y los narradores son distintos. En estos los que participan son muchos más: el propio abuelo, que hasta el momento no había intervenido en primera persona, y que nos muestra algunas páginas de su cuaderno,

que escribe por invitación de la terapeuta; la cuidadora del abuelo; la pareja de alguno de los hijos; Hugo, uno de los nietos... Es en estas páginas ya cercanas al final cuando, en poco espacio, la historia da un vuelco total para comprender que lo que ha sido, a lo largo de todo el libro, causa de una angustia indescriptible, no es tal y como se había interpretado hasta el momento. En un viraje impresionante, resulta que el dolor del abuelo es más bien la decisión que se ha tomado por una opción de amor de la que no ha sacado nada favorable para sí mismo. Lo único que ha motivado su versión, en la cual es él el inculcado, es evitar un dolor aún más profundo en otra persona por la que, literalmente, estaría dispuesto a dar incluso la propia vida. No le queda al lector más que rendirse ante una narración que no deja de sorprender, tanto por el estilo, a la vez descarnado y bello, como por el contenido, de gran actualidad.

Esteban de Vega

Juan GARCÍA CALLEJAS, *Huecos en la forma*, Caligrama, Madrid 2024, 179 pp.

El poeta Juan García Callejas nos regala una obra de madurez poética y existencial, en la que nos comunica la amplitud de su mundo interior y su mirada al mundo, benevolente, pero comprometida. En estos textos conviven los grandes

interrogantes, anhelos, búsquedas, certezas e incertidumbres del ser humano, expresadas con la hondura de quien se deja interrogar por lo que vive. A veces con la belleza serena y madura de alguien experto en el ejercicio de mirar la realidad

solidariamente; y a veces con el dolor y el desgarrar de observar que, como seres humanos, no acabamos de aprender a vivir humanamente y cometemos errores que atentan contra todo cuanto existe, especialmente contra los más débiles.

Nos dice Juan García en su *nota de autor* introductoria que la mirada poética lo que busca es “situarnos siempre en el sentido que subyace en cuanto se percibe, de cuanto se está viviendo”. Y, citando a José Tolentino Mendonça, a quien nombra en más ocasiones, afirma: “... la poesía no sirve para distraer, ni para adornar, sino para reconducirnos en clave sapiencial al corazón de la vida”. Pues bien, leer este libro nos permite sumergirnos en este corazón de la vida, un camino que desecha la indiferencia y la mirada complaciente.

Hay un hondo latir espiritual en todo el libro, a veces muy explícito y otras más velado. De hecho, Juan García ya avisa desde la primera página que estos textos están escritos “desde la clave del diálogo relacional-teísta”. Desea dejar paso a la “Voz susurrante”, que también define como un “Tú infinito”, siguiendo la estela de Melloni.

El libro ofrece un buen número de textos poéticos, la mayor parte de ellos en prosa, en el que se alternan todo tipo de vivencias que surgen del ejercicio de vivir y de embarrar-

se con lo vivido. Es precioso, por ejemplo, el poema que dedica a la esperanza, la esperanza imperturbable de la que tuvimos experiencia en la infancia y que “nos alumbraba siempre cuando los ojos sorben, recién amanecidos, el mostro embriagador de un nuevo día” (19).

En el libro se suceden composiciones en las que se sucede la alternancia de situaciones, experiencias, emociones... como se suceden en la vida de todas las personas. Lo destacable es la capacidad de expresarlas y de ayudar a fijar la mirada en la densidad de cuanto acontece. A veces, desde la sensación de cansancio, sinsabor, desgaste, enfermedad... Pero sin duda en el saldo final prevalece la visión esperanzada, la victoria de la luz, como se aprecia incluso en el título de muchas de las composiciones. Se canta al encuentro con el momento perfecto, que a veces se busca y no se encuentra pero que, en ocasiones, de forma imprevista, casi imperceptible, aparece, en la contemplación y el gozo sencillo de lo cotidiano, como por ejemplo en el hecho de preparar y degustar un plato de espaguetis. Nos recuerda así que merece la pena vivir y celebrar el triunfo de la gracia sobre la gravedad, que empieza por “aceptar el momento en que vives”.

Son muy destacables múltiples expresiones que revelan el latido de la esperanza en el transcurso de la

vida, como un “hontanar puro y transparente alimentando los poros de la vida verdadera”, o la alusión a la luz del texto “Vida rescatada”, donde dice: “Y cuando intentamos huir de la sombra, sorprendentemente nos sale al encuentro una luz que acrecienta ese estupor de primavera llevándonos a no ceder a la derrota de la esperanza”; o cuando, en “Quieres cantar tan solo”, dice: “...vuelto el pico hacia la llovizna de luz oscura que nos llega, salvadora, de lo alto”. Nos invita a “vivir en la letra minúscula de las cosas”, gozando del “festín de silencio y de belleza”, a cantar a “una infancia que dura, invicta tras el tiempo, donde los atardeceres son infinitos”, porque en la infancia el tiempo es eterno. A celebrar esos momentos inolvidables, porque “hay sucesos que se convierten en acontecimiento porque nos rozan el alma”. A animar en la búsqueda de “las pepitas de sentido”. Y todo esto, a pesar de que los transeúntes pasen “bajo el yugo de sus obsesiones”.

Todos estos versos llenos de esperanza y de belleza no le llevan al engaño. También hay páginas dolorosas y debemos “acoger la rosa con

la consecuencia de sus espinas”. Por eso se hace también portavoz del dolor, no solo de los malos momentos cotidianos, sino también del dolor más desgarrador aún, que brota de las injusticias y de la contemplación de tantos sufrientes y empobrecidos como aparecen en textos como “Sin palabras”, “Miras en silencio”, “Aylan”, “La matanza de Bucha”...

Esta obra nos ayuda a vivir con la conciencia, como dice la contraportada del libro, de que “la búsqueda del sentido de cuanto nos sobreviene nos lleva a explorar a través de la belleza una vía de acceso al misterio de lo que somos”.

Algunos de los poemas vienen encabezados por unas brevísimas citas, que sirven de foco iluminador del texto. Son citados de esta forma poetas, filósofos, teólogos, novelistas, místicos... Autores como Hegel, Michel Certeau, Benedicto XVI, Thoreau, Jesús Montiel, Krisnamurti, Etty Hillesum, Rafael Espejo, Pablo d’Ors...

Esteban de Vega